

tiene gana de llorar, y lloraría si el sueño, poco a poco, no le fuese rindiendo. Aun advierte entre la doble niebla del sueño y de la lluvia dos o tres estaciones. Aun oye la campana, que parece anuncio de algo fatídico; aun ve pasar los bultos encapezados de guardaagujas y jefes de estación; aun oye gritar con voces moribundas: «¡Valladolid, ocho minutos! ¡Viana, dos minutos! ¡Valdestillas, un minuto!» En Matapozuelos se duerme por completo.

VII

Cuando se despierta, el sol triunfa en un cielo que parece de esmalte. Hace una hora que amaneció.

— Asómese usted, amigo — le grita Roca —, que estamos en Madrid.

— ¡En Madrid!

De un salto llega a la ventanilla; los árboles de la Moncloa sacuden su polvo sobre el tren. Corre en las frondas aire fresco, y huele a campo. En la mañana alegre, el corazón de Paco salta de gozo.

— ¿Tiene usted ya posada? — pregunta Roca.

Paco responde afirmativamente: su padre ha escrito a una conocida que tiene en Madrid casa de huéspedes.

— ¿Y usted?

— Yo voy donde todos los años: a la calle de Jacometrezo, cerca de la Universidad; allí nos ve-

remos, porque yo no tengo la mala costumbre de faltar a clase. Cuantos más años pierda, más tengo que pasar en Madrid.

La estación de Madrid está casi desierta. Ya torna poca gente del veraneo, y esa poca viaja en el expreso: en el andén los ruidos suenan como en el convento de la Asunción, y el muchacho, por vez primera desde que salió de su pueblo, piensa en Elena y la envía en recuerdo un mensaje entre caricioso y compasivo.

Los jardinillos de la estación se esponjan en la frescura mañanera; el agua de una manga surge con arrogancia de surtidor y los inunda en lluvia plateada.

Paco, por consejo de su reciente amigo, toma un coche; acomodados en él baúl y maleta, más el cesto de la intacta merienda, con dos o tres paquetes suplementarios, empréndese la marcha Cuesta de San Vicente arriba.

Lleva Paco los ojos muy abiertos y el alma aun más abierta que los ojos.

Madrid, aun no bien despierto, se despereza; el sol sonrosa aleros y cornisas, y pone rebrilleos alegres en las vidrieras altas. En el aire fresco pasan ráfagas de ese olor a café tostado que es el incienso de las mañanas madrileñas. En las esquinas aun

hay puestos de leche y buñuelos, y las traperas, en medio del arroyo, andan a la rebusca del botín cotidiano. Guardias municipales y del orden pasean muy serios, poniéndose los guantes, y pasan mujeres con cestas y repartidores de leche, que balancean el fleco sonante de las *cacharras* de hojalata.

Cierta paz bucólica flota en el ambiente, y Paco no se encuentra en espíritu muy lejos del pueblo.

Sobre los jardines del Palacio Real hay una bruma de buen tono: en lo alto el sol la va dorando y consumiendo; abajo, los árboles parecen dormidos en ella, y hay como un sueño de tristeza en sus ramas veladas de gris. El palacio surge como una rima bien compuesta, blanco y sereno bajo el cielo azul; la fachada de Oriente refulge con los cien fuegos del ventanaje; pasean lentamente los centinelas; sobre las losas del emplazamiento hay dos golfos que doblan periódicos.

Pasa el coche frente a la plaza de la Armería: aquellos arcos, y aquellos otros de más adentro, a través de los cuales se ve el paisaje austero de la Casa de Campo, parécenle a Paco algo amigo y risueño. Así, tan grande como aquellos campos

que terminan en sierra, es su esperanza, y así, de aquel color de violeta recamada de plata por la niebla.

En la calle Mayor, por donde corre el coche a todo correr, levantando polvareda de estrépito, hay más animación: es la hora en que se abren las tiendas, y las puertas metálicas chirrían al abrirse, y el agua de los fregoteos de escaparates y portadas corre por las aceras buscando el arroyo. En una esquina hay un puesto de flores, y unas campanas tocan a misa. En los balcones hay rótulos dorados que pregonan: *Casa de viajeros*. — *Gran hotel*. Paco piensa que uno de aquéllos será tal vez su alojamiento; pero el cochero, a quien dijo las señas, no se detiene y entra a buen paso en la Puerta del Sol. En la cual hay más rótulos que dicen hoteles, y más chiquillos que doblan periódicos, y más municipales que se calan los guantes y pasean.

A Paco la extensión aquella no le dice gran cosa, ni aun demasiado grande le parece; la calle de Alcalá se abre en el fondo clara y alegre como una sonrisa; pero el cochero tuerce hacia la derecha y se encajona en una calle angosta, y luego en otra que, a más de angosta, es retorcida, y llega a una tercera, a la que a buen seguro no llegó nun-

ca el sol; y en ella, frente a un portal que a nada se parece, porque está tan oscuro que nada de él se ve, se para en seco.

Paco no se mueve.

— ¡Eh, señorito, que hemos llegado!

— ¿Aquí?

— Aquí — dice el auriga — mismamente donde usted me mandó: calle del Pozo, 6.

Paco salta del coche.

— ¿Doña Cecilia Ortega? — pregunta a una muchacha que está en el portal.

— Sí, señor; tercero derecha.

— Descargue usted — dice al cochero.

Y el cochero descarga, ayudado por un mozaillon que, al ver parado el coche, salió de la taberna de enfrente; y una vez los baúles en el portal, pagado y despedido el cochero, encargado el muchacho de custodiar el equipaje, Paco emprende la subida de la escalera, que es estrecha y oscura, y huele a sopas de ajo desafortadamente. A mitad de ella, una mujer, casi echada de bruces, friega los escalones. Paco, que apenas ve, tropieza en el barreño que tiene la mujer al lado, y ella, irguiéndose, grita como si la matasen:

— ¡Pues no trae pocos humos el señorito!

El señorito llega al piso tercero; a través de la

puerta se oye rumor de voces regocijadas. Llama Paco, pidiendo a Dios *in mente* no sabe qué: acaso que no exista doña Cecilia Ortega. Pero, por suerte o por desgracia, existe; y ella en persona sale a abrir y pregunta:

— ¿Qué se le ofrece a usted, caballero?

Y apenas el que llega pronuncia tres palabras de explicación:

— ¿Es usted, don Paco? — grita alzando los brazos al cielo, como si el júbilo la transportase—. Pase usted, pase usted, y no se detenga; ¡vaya con don Paco!; ya hace tres días que estamos esperándole a usted; pase.

Precedido por la buena señora, atraviesa el huésped un pasillo medianamente oscuro, y entra en la sala.

— Siéntese usted y descanse, que bien lo necesita... ¡Vaya, vaya! Y ¿cómo está el señor don Manuel? ¿Tan bueno como siempre? ¡Vaya con don Paco!

Doña Cecilia es mujer alta y voluminosa. Cuando se mueve, suscita tan formidable tremolina bajo sus ropas, que es cosa de pensar si la buena señora está hecha de pedazos de carne sueltos y disconformes, o acaso de bolsas de serrín que van entrechocándose bajo la faldamenta prolija y el

corpiño mal ajustado. Hasta cuando se para perdura el *oleaje*, el ir y venir de las carnes aquellas, cinco minutos por lo menos.

Ahora está en pie, las manos en las rebosantes caderas, y dice a Paco, que la mira sin saber a punto fijo lo que ve:

— Usted hágase cuenta de que está en su casa, y de que en mí tiene usted una madre.

Madre, pretende serlo doña Cecilia para todos y cada uno de sus huéspedes.

— ¡Si fueran hijos míos, no los querría más! — exclama a todas horas, y es verdad: los quiere, como dice Mariquita, la mayor de sus hijas, *escandalosamente*; pero...

Dicen que el cariño es baluarte y es columna y es fuerza mayor, y todo lo derriba, y todo lo avasalla; ahora bien: acontece que el cariño de doña Cecilia para sus huéspedes, con todo y con ser maternal, y escandaloso y sincero, no alcanza a derribar cierta pasioncilla de tres al cuarto que en el pecho de la patrona tiene residencia: y es la tal la pasión del ahorro. Doña Cecilia, por ahorrar un duro, es capaz de ver morir a un hijo. De aquí que los suyos adoptivos no gocen de pitanza tan suculenta y abundosa cual de sus maternas sentimientos se pudiera esperar. Aquestos son miste-

rios de la psicología, ciencia enrevesada si las hay, al decir de psicólogos.

Doña Cecilia, de no sé qué fantásticas nupcias de hace unos cinco lustros, guarda dos floridos retoños, que son sus hijas Mariquita y Aurora. Mariquita es morena, fresca como una rosa, y alegre como un día de sol. Tiene buen talle y mejor cara, y gasta por arrobos la picardía. Los huéspedes, *en coro*, están locos por ella.

Aurora no es morena ni rubia, pero tiene buen ver. Lee a Pérez Escrich y suspira cada cinco minutos; anda por los pasillos con paso de fantasma, y lleva siempre falda de cola.

— Por supuesto, que usted se habrá desayunado. ¿Que no? ¿Y se estaba usted así, sin decir nada? Aurora, niñas, el desayuno para don Paco. ¿Usted con qué se desayuna?

Paco responde que lo mismo le da; lo que quiere es lavarse la cara y las manos.

— Justo, justo — asevera la ondulante patrona —; la limpieza ante todo. Es lo que yo digo; porque en esta casa, don Paco de mi alma, pobres seremos, pero lo que es a limpias no hay quien nos gane; por aquí, por aquí; ¿le gusta el cuartito?

El cuartito es un gabinete de tres metros en

cuadro, en el que hay una cama de hierro, una cómoda con chapa de nogal y tiradores niquelados, tres sillas, un lavabo y un espejo *con aguas*.

En la cama una colcha de malla con viso de percalina verde. Sobre la cómoda una soberbia imagen de Minerva, de barro bronceado, y dos perros de lanas de yeso blanco y rosa. También hay una caja de conchitas, y dos floreros de cristal cuajado, con rosas de papel.

La luz entra a regañadientes por un balcón que da a la calle, lujo en verdad exorbitante. Pero es que a Paco, por ser hijo del señor Manuel Trellés — don Manuel, como dice la patrona —, y, por tanto, persona de posibles, hásele reservado la mejor habitación de la casa.

Paco despacha en un instante sus menesteres de limpieza; la patrona le aguarda en la puerta para guiarle al comedor, que es una pieza no muy grande, con balcones al patio; mesa entrelarga, con tapete de hule; sillas de enea, y aparador pomposo, que sustenta hasta media docena de vasos, y sobre cada vaso una calabacita color de naranja. Por las paredes, no muy limpias, corre, encuadrada en marcos de caoba, la verdadera historia de Hernán Cortés, y, entre las dos ventanas, hay un cuadro de San Antonio, que es peregrina cosa;

en él, la imagen hállase circundada por doce viñetas circulares, que representan otros tantos milagros del paduano taumaturgo; y las tales viñetas traen leyendas explicativas en lengua tan milagrosa y estupenda como el milagro mismo. *Risucita un niño bullido*, dice una de ellas.

Paco se desayuna con harto azoramiento, porque doña Cecilia y sus dos hijas le dan, mientras almuerza, guardia de honor, muy plantadas en torno de la mesa, friéndole vivo a puro saeteo de miradas y amabilidades.

— Otro bizcochito, anímese usted... Bébase usted toda la leche, que es de confianza. Aquí no gastamos esa basura de los puestos; nos la traen de la misma Guindalera unos amigos que tienen vacas.

— Desearía — dice Paco, finado el desayuno — poner un telegrama; si ustedes me indicaran dónde.

— Pues no faltaba más; no se moleste usted, que lo lleve Carlitos. ¡Niña, llama a Carlitos!

Sin dar lugar a que le llamen, Carlitos aparece. Es un muchacho de entre veinte y veintidós años, de simpático porte y rostro risueño.

— ¿En qué puedo servir a usted, mi señora doña Cecilia?

Paco observa que el recién llegado lleva un traje de invierno riguroso, que le viene muy ancho; traje que, en otros tiempos, debió ser verde, y hoy es color de rata, y tiene flecos. Observa también que la niña menor de la patrona lanza al mal trajeado galán miradas dulzonas, y que las tales quedan sin respuesta.

— Hay que llevar un telegrama de este caballero — dice majestuosamente la patrona.

— En seguida, en seguida; ¿dónde está? — responde Carlitos hecho unas puras mieles.

— Pero — observa Paco — basta con que ustedes me indiquen; yo puedo ir...

— ¡Pues no faltaba más! No lo consiento. ¿Está ya escrito? ¿No? — El servicial mancebo trae presuntamente recado de escribir —. Dicte usted — dice a Paco; y Paco, abrumado por su amabilidad, dicta, y el otro escribe en un segundo, y al segundo siguiente ya está en la escalera, y en el portal, y en la calle, y en la Central de Telégrafos; tal es el fervor de su amabilidad.

— Este muchacho — explica la patrona — es como de la familia; hace seis años que le tenemos en casa — y dice *le tenemos* con aire protector. Aurora suspira. Mariquita se ríe.

Y Paco piensa que la tal Mariquita es buena

moza, y tiene una manera de reír... y una manera de mirar... que, ¡vamos, si no fuera hija de la patronal! Pero no hay que pensar en tonterías. Él es quien es, y no faltaba más, como dice Carlitos.

Por lo cual, dignamente se retira a su cuarto, donde ya le han subido el equipaje, y a cuyo mobiliario ha añadido en su ausencia la previsión maternal de la patrona una butaca con funda de dril.

Acomodado en ella Paco, y encendida la pipa, intenta pensar en sí mismo y en su vida. Ea, ya estamos en Madrid; ahora hagamos futuros proyectos. Paco no sabe que la única manera de no hacer proyectos es intentar hacerlos premeditadamente; pero lo va aprendiendo, porque los que él quisiera hacer, no le salen. Yo, por de pronto, debo pensar... y piensa que el cenador de parra estará tan fresquito y tan verde, y que acaso a su sombra don Lino esté narrando en aquel mismo instante una de sus hazañas y bebiendo el vasito de cualquier cosa. ¡Vaya por Dios! ¡Qué le importa don Lino! Lo que le importa es... ¿Qué diría su padre cuando reciba el telegrama? De seguro que ha ido él mismo a buscarle a la estación, y en el camino, ¡como si lo viera!, se habrá entrado en la Asunción a echar un parrafito. ¡Y dale que le das! Si ahora no es de la Asunción de lo que se trata,

sino de disponer... Pues estará en la Asunción, y hablará del muchacho. ¿Saben ustedes que ya llegó a Madrid? Aquí está el parte que lo cuenta: *Llegué sin novedad*. De seguro que Elena pide prestado el papelín azul: ¡quiere leerlo con sus propios ojos!

Paco salta de la butaca. ¡Esto es insoportable! Y se acerca al balcón: en el de enfrente, una señora vieja, tocada de una cofia prehistórica, está regando las macetas. Paco piensa que aquella señora se parece a doña María Inés. ¡También doña María Inés! Pero, señor, si él quiere meditar en sus cosas, suyas, y sólo suyas; en lo que debe hacer ahora que ya ha llegado a Madrid. ¡Bueno es el caso! De modo que, ahora que ha salido del pueblo, ¿se va a pasar el día pensando en él? ¿Si tendrá que ver ello con los zapatos metafóricos de que le hablaba Juanito Roca? ¡Buen pez debe estar hecho el tal Juanito Roca, con su montón de ideas y sus marquesas! A propósito de marquesas, Paco piensa en la hija de la patrona: ¿qué se dará en los labios para tenerlos tan requeterrojos? Ello debe ser cosa de pinturas; artimañas de estas mujeres de Madrid, que son el mismo diablo.

— ¿Se puede pasar, don Paco?

Entra Carlitos, hecho todo él sonrisa.

— Aquí está la vuelta del parte — dice, colocando unos cuartos sobre la cómoda; y, dicho y hecho, va a retirarse. Paco le detiene: ya que el hacer proyectos no da lumbre, bueno será acogerse a la conversación. Carlitos se queda visiblemente satisfecho.

— ¿Usted fuma?

— Algunas veces; gracias.

Los dos miran, sin encontrar gran cosa que decir. De pronto, el madrileño rompe a hablar muy de prisa:

— Mire usted, don Paco: yo quisiera pedirle a usted un favor.

Paco le mira con cierta inquietud.

— Usted dirá... si está en mi mano...

— Sí, señor; sí. Mire usted, por lo que más quiera en el mundo, no me llame usted Carlitos... Yo me llamo Gutiérrez; Carlos Gutiérrez, para servir a usted. Doña Cecilia es muy buena... y muy cariñosa, y las niñas también, ya irá usted viendo. Bueno: pues me llaman Carlitos... por eso; y los demás huéspedes, me llaman Carlitos, y yo, ¡ya ve usted, tonterías!, vamos, que yo le ruego a usted...

— Sí, hombre; sí: le llamaré a usted Carlos o Gutiérrez, o como a usted le dé la gana... En cam-

bio, yo le ruego que me suprima el don. Me llamo Paco a secas, Paco Trelles.

Gutiérrez da un suspiro; tal parece su gozo, que raya en emoción.

— ¡Gracias! — murmura estrechando la mano de Paco —. ¡Muchas gracias!... Usted no sabe cuánto se lo agradezco. Si le parece a usted — añade contemplando el equipaje —, iremos colocando esas cosillas en los cajones de la cómoda; yo le ayudaré a usted.

Paco acepta la ayuda por la conversación.

— Y diga usted — pregunta —, ¿hay aquí muchos huéspedes?

— Ahora no estamos más que los de casa; pero, cuando comience el curso, vendrán dos o tres más, estudiantes.

— ¿Y los de casa?...

— Los de casa somos un servidor de usted y dos más: don Juan Fernández y don Marcelo Díaz, muy buenos y muy cariñosos.

— Por lo visto — medita Paco —, lo del cariño es moneda corriente en esta casa —; y con la vista pide más noticias.

— Pues verá usted — prosigue Gutiérrez, mientras coloca cuidadosamente pañuelos y camisas en el cajón de en medio —. Fernández está de depen-

diente en La Villa de Oro, que es una tienda de novedades de la plaza de Santa Cruz. Doña Cecilia le considera mucho, porque paga bien, y, además, le proporciona retales de la tienda a mitad de precio; y, con eso, por cuatro cuartos, ella y las niñas andan siempre vestidas de lo mejor. Don Marcelo es tenedor de libros de una fábrica de cervezas; tiene dinero, y vive en esta casa por amor.

— ¡Por amor!

— Lo que usted oye. Está enamorado de Mariquita: doña Cecilia no le hace mala cara; pero ella, que si quieres. Como que él tiene cincuenta bien corridos, y está calvo, que es una compasión mirarlo.

Hecho el inventario material y moral de los huéspedes, Gutiérrez toma aliento y recapitula.

— Don Juan Fernández, don Marcelo Díaz y yo. A mí — añade en un suspiro — ya me irá usted conociendo.

Paco piensa que ya le tiene a medio conocer.

Entretanto, ha terminado la faena. Aquel muchacho es una maravilla en lo de acomodar las ropas en los cajones. Aquí, en el de abajo, lo de punto; las camisas, bien holgadas, en el de en medio, y en este de arriba lo menudo: cuellos y puños, calcetines...

— ¿Está bien?

— Perfectamente.

— Mire usted, esta cabeza — Gutiérrez quiere hablar de la Minerva bronceada — es regalo de don Marcelo, y los perritos estos también; el pobre señor se desvive obsequiándola; pero ella, ni por esas.

— Carlitos, Carlitos — grita en la puerta la patrona.

El infeliz, precipitadamente, acude al llamamiento.

Hay ruido de voces, de bultos que se arrastran: se abre una puerta; se cierra otra. Paco oye entrar en la sala a la patrona, y oye que habla con alguien, y que dice:

— Usted hágase cuenta, caballero, de que está en su casa; en mí tendrá usted una verdadera madre.

— Un huésped nuevo — piensa, y es así.

El nuevo huésped se llama Enrique Álvarez Mena, y dice que tiene veinticuatro años, y dice que estudia el doctorado de Filosofía y Letras, y dice... doscientas cosas más, porque el hombre es un mar de palabras, y hace pensar su boca en esas otras de esfinges y dragones que están en los estanques soltando chorros de agua un día y otro día.

Conócele Paco a la hora de comer: es el tal rollizo y mantecoso, con cara de hogaza y cabello rizado, color de caramelo. Gasta bigote, y bien quisiera gastar barba, si ella se decidiese a nacer; pero no se decide, y el señor don Enrique, por ahora, tiene que contentarse con los granos, que no son pocos. ¡Qué voz la de aquel hombre! Es un torrente, una gloria, un triunfo de voz. ¡Y qué imaginación, y qué soltura en el hablar, y qué conocimiento, y qué memoria!

Hay que oírle decir de todo lo humano... y aun lo divino, que no se para en barras.

Él es de Asturias: sí, señor, de Asturias; pero se halla en Madrid como en su casa: como que le conoce de punta a punta, y sabe dónde están las buenas fondas, y las buenas hembras, y los buenos cigarros, y el buen vino, que a todo hace el alma mía y de todo entiende.

A los cinco minutos ya le ha dado a doña Cecilia tres métodos distintos e infalibles para asar las chuletas, y le ha explicado a Juan Fernández cómo las buenas sederías no vienen de Lyon, sino del Congo, y le ha demostrado a don Marcelo cómo el amargo de la cerveza se consigue, mejor que con el lúpulo, con una planta nueva que se cría en los montes de su país, y cómo es tontería

llevar los libros por partida doble..., y hasta cómo el amor es indudablemente una degeneración psíquica. Don Marcelo, que es hombre pacífico y de pocas palabras, asiente a todo; pero Juan Fernández tiene malas pulgas; además, por virtud de sus prendas personales, a saber: cabello negro peinado *à la dernière*—él dice *à la dernière* por decir a la moda—y reluciente mano de cosmético, bigotes afilados y no menos relucientes, terno de lanilla, también de lo mejor, merced al método de los retales, y botas como espejos de colores, ora atrevidos, ora desfallecientes; por estas prendas, digo, más su meliflua oratoria horteril y el saber cuatro cosas de teatros y típles, ha sido hasta la fecha incontestado rey de la opinión en la mesa de doña Cecilia. Por lo cual, los alardes eruditos del mozo asturiano le saben a rejalgar de lo fino, y ¡vive Dios que ha de ganarle por la mano!

Para lo cual, volviéndose a Paco, su vecino de mesa, le pregunta:

—¿Usted ha visto a la Brú en *El puñado de rosas*?

Paco, naturalmente, contesta que no.

—Pues no ha visto usted cosa buena; eso es una mujer, lo que se dice una mujer; por supuesto

que la obra es lo que se dice una obra, y quita muchos moños a muchos que se creen... — Aquí Juan Fernández sonríe con aire triunfador. ¡Ahí es nada hablar de cosas de teatros con esa suficiencia!

Pero el asturiano, que le ha calado la intención, dirigiéndose también a Paco, como si nada hubiera oído, le dice:

— Usted, si quiere conocer a la Pino, se viene usted conmigo a la Comedia la noche de la inauguración, y yo se la presento, y verá usted elegancias y finuras por todo lo alto.

Con lo cual Juan Fernández verdeguea: el nuevo huésped triunfa, y la comida termina en silencio.

VIII

Aquella noche Paco duerme mal, pues casi toda ella se le va en pesadillas. Primero sueña que la cama es el tren, y que del traqueteo se desquicia, y que él sale rodando cuesta abajo, y que, rueda que te rodarás, da con sus huesos al pie de un poste kilométrico, el número 1, ni más ni menos; pero aquel poste no es un poste, porque es Juanito Roca, que suspira fumándose un cigarro. A la vista del leonés desengañado, Paco da un grito, y se despierta.

Vuelta a dormir, y vuelta a desbarrar. Sueña que está en el pueblo fumándose una pipa, y sueña que don Lino va de caza y que sus perros son los perros de yeso blanco y rosa que están sobre la cómoda dando guardia de honor a la pobre Minerva, y lo más peregrino del caso es que el un perro es el vivo retrato de Carlitos Gutiérrez. Sin despertar del todo, cambia de tema el